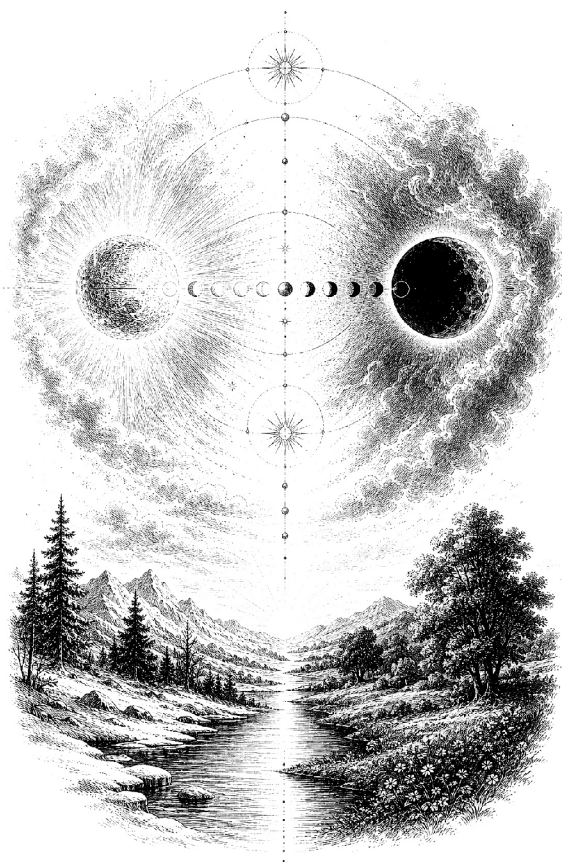


CAPÍTULO IV

EL TIEMPO DE LOS CONTRASTES

EL PRINCIPIO DE POLARIDAD



Todo es doble;
todo tiene sus polos;
todo forma un par con su opuesto;
lo semejante y lo distinto son lo mismo;
los opuestos son idénticos en naturaleza, pero
diferentes en grado;
los extremos se encuentran;
todas las verdades son solo medias verdades;
todas las paradojas pueden conciliarse.

El Kybalion

El Tao engendró el Uno.
El Uno engendró el Dos.
El Dos engendró el Tres.
El Tres engendró las diez mil cosas.

Lao Tse, Tao Te Ching. Libro del camino y de la
virtud

— ● —

En Un mago de Terramar, de Ursula K. Le Guin, el conocimiento de uno mismo exige volver al origen y asumir lo que se ha puesto en marcha. Cada acto tiene un precio; incluso la luz trae consigo una sombra. El poder verdadero implica responsabilidad, y la sabiduría consiste tanto en actuar como en saber escuchar. La travesía no consiste en borrar lo hecho, sino en llevarlo hasta sus consecuencias: comprender

el recorrido entero, desde el origen hasta la desembocadura. Este párrafo es un breve comentario inspirado en la obra, no una cita.

— ● —

En este cuarto capítulo, «El tiempo de los contrastes», emprenderemos nuestro primer «viaje en el tiempo» para conocer de cerca el principio de polaridad, también llamado de dualidad o polarización. Su formulación dice:

Todo es doble;
todo tiene sus polos;
todo forma un par con su opuesto;
lo semejante y lo distinto son lo mismo;
los opuestos son idénticos en naturaleza, pero diferentes en grado;¹
los extremos se encuentran;
todas las verdades son solo medias verdades;
todas las paradojas pueden conciliarse.

Aunque parece muy sencillo, este principio esconde muchas sorpresas. Para comprenderlo, nos adentraremos en un viaje lleno de paradojas. Intentaremos algunas cosas imposibles: detener el «río del tiempo», quemarnos en el frío helado del cosmos y quizá incluso atrapar un poco del Vacío Absoluto.

Después visitaremos algunos Reinos inexistentes —y otros hipotéticos— e intentaremos descifrar los mapas, antiguos y nuevos, que los describen.

La primera paradoja nos espera nada más salir. El principio de polaridad solo parece afirmar que todo tiene una naturaleza dual: para los hermetistas, los fenómenos y estados que consideramos contrarios son, en realidad, dos polos de una misma cosa. Todo tiene

su lado «bueno» y su lado «malo»; luz y oscuridad, energía y materia, mente y cuerpo se complementan hasta formar, en esta visión, una Unidad.

El hermetismo interpreta las contradicciones, las antinomias y los extremos como diferencias en los niveles de vibración. Desde esa perspectiva, la distancia entre los dos «polos del mundo» no separa naturalezas distintas, sino grados de una misma cualidad. Es una propuesta filosófica: no toda oposición que nombramos corresponde a una magnitud física medible.

Los alquimistas de los siglos XVI y XVII también exploraron la «unión de los opuestos», expresada mediante nociones como coincidentia oppositorum y coniunctio oppositorum. La asociaron, entre otros símbolos, con el uróboros, la serpiente que devora su propia cola y que ya conocemos.

Su figura evoca la unidad mística del principio y el fin, de la vida y la muerte: una dualidad que forma un todo y el ciclo de renovación de un mundo que pasa de la unidad a la multiplicidad para regresar después a la unidad.

Según el cuarto principio hermético, los contrastes y las contradicciones que componen nuestra imagen del mundo nacen de una percepción fragmentada de la materia, los sentidos y la mente. Vemos dos «cosas» allí donde, desde esta interpretación, se manifiesta una Unidad en sus expresiones más extremas.

LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA

El dos es un número singular. En matemáticas es el único número primo par; en numerosas tradiciones místicas y simbólicas se ha vinculado con lo femenino, la materia, el frío o la receptividad, aunque estas asociaciones no son universales. También representa el

equilibrio de los opuestos o, mejor dicho, su unidad. También se ha asociado con la pasividad, sin que esa asociación defina a las mujeres. Así lo entendieron ciertos pitagóricos y, más tarde, alquimistas y magos. Podemos representarlo mediante un segmento: una parte de una recta delimitada por dos puntos. En nuestra metáfora, esos puntos son los límites del conocimiento, que nos separan de una totalidad más amplia extendida hasta el infinito en ambas direcciones.

En El banquete de Platón, cuyos personajes se preguntan por la naturaleza del amor, el comediógrafo Aristófanes cuenta un mito sobre los primeros seres humanos. Había tres clases de seres dobles: masculinos, femeninos y andróginos. Su fuerza y su audacia inquietaron a los dioses. Zeus los dividió en dos y encargó a Apolo que remediara sus heridas. Desde entonces, cada mitad busca a la otra para recuperar la unidad perdida. Es una imagen poderosa del deseo de unión, no una afirmación de que una persona sin pareja esté incompleta.⁵⁰¹

Podemos leer ese relato platónico, como ciertas ideas pitagóricas, a la luz de una Unidad ideal que precede a la diversidad. En el lenguaje de este libro, se aproxima a lo que los hermetistas llaman Mente Universal, sin que ambas filosofías sean idénticas. Esa unidad se dispersa en cuanto existe y en nuestra percepción; por eso el mundo se nos presenta tan diverso y lleno de contrarios. Todo es doble, dice el cuarto principio, pero los opuestos comparten naturaleza. Incapaces de abarcar toda la extensión de lo existente, miramos unas veces a un extremo y otras al otro, y distinguimos sobre todo sus manifestaciones más acusadas.

Nosotros mismos somos una especie de puente entre los elementos de esa «unidad dividida»: en nuestra mente los extremos se encuentran y vuelven a formar un